

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Antoine Volodine

# Solo de viola

Traducción de Ana Becció



Adriana Hidalgo editora

Volodine, Antoine  
Solo de viola - 1ª ed.  
Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2012.  
106 p. ; 19x13 cm (Narrativas)  
Traducido por: Ana Becció

ISBN 978-987-

I. Narrativa francesa I. Becció, Ana, trad. II. Título  
CDD ---

*narrativas*

Título original: *Alto solo*  
Traducción: Nicolás Gelormini  
Editor: Fabián Lebenglik  
Maqueta original: Eduardo Stupía  
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina  
1ª edición en España

© -----  
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2012  
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301  
(1054) Buenos Aires  
e-mail: info@adrianahidalgo.com  
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-  
ISBN España: 978-84-92857-

Impreso en Argentina  
*Printed in Argentina*

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito  
de la editorial. Todos los derechos reservados.

# 1

## LA TARDE DEL 27 DE MAYO

Es la historia de un hombre. De dos hombres. En realidad, son tres. Aram, Matko y Will MacGrodno. Las puertas del penal se cierran detrás de ellos. Golpean. El choque entre las articulaciones de hierro produce el mismo chirrido estruendoso de costumbre; como vagones que descarrilan de repente y se encastran entre sí. El mismo estrépito ensordecedor de costumbre. Aunque con una diferencia. En lugar de escuchar los ecos que se pierden por los corredores, las escaleras, el tragaluz, hoy están los tres parados en una calle tibia. Altas murallas se alzan por encima de ellos, tan repulsivas como las que delimitaron su universo durante cuatro años. Pero, sobre el cemento que conocen bien, el sol ya no está enrejado. Un camión pasa rechinando por la esquina y desaparece. Los tres tienen polvo en las ventanas de la nariz; tienen la impresión de que el aire ha cambiado de consistencia y de que es verdad que ya no están nadando en el tufo de las arpilleras y los orinales. No saben bien qué pensar. Justo antes de provocar todo ese estruendo, esa avalancha aceitada de pestillos, trinquetes

y barras, un vigilante les soltó a modo de despedida: Ya basta, aquí son indeseables. Estamos hartos de sus jetas sucias. Búsquense otro cinco estrellas. ¡Que los ahorquen en otra parte!

No tienen conciencia clara de lo que acaba de sucederles. Liberación anticipada, más por falta de lugar que por su buena conducta. Una disposición del ministro de Justicia. En las altas esferas han debido de prever la inminente llegada de una nueva horneada de clientes. Liberación condicional, con un período de prueba de dieciocho meses. En suma, los expulsan, pero los amenazan con volver a encerrarlos por cualquier cosa. Antes de salir firmaron sin entusiasmo en un gran libro negro de registro. Sus apellidos figuraban por orden alfabético: Amirbekian, Bouderbichvili, MacGrodno. Ahora caminan alelados por la luz. Al cabo de cinco o seis metros se sientan en la vereda. Si tuvieran un cigarrillo lo prenderían y lo compartirían. Pero no tienen ningún cigarrillo. Su única riqueza asciende a quince centavos: ocho centavos tiene Aram, seis centavos tiene Matko Amirbekian, un centavo tiene Will MacGrodno. En la cuneta se retuerce un minúsculo arroyo. Una vena que se hincha bajo una capa de tierra pulverulenta. Contemplan el agua que reptar. Observan cómo serpentea indecisa a sus pies y se eriza con briznas de aserrín. Los tres, cerca del suelo, las manos sobre las rodillas, la cabeza gacha, se asemejan a esos impotentes de los morideros que se orinan encima y permanecen durante

horas con la mirada fija en sus pantuflas mojadas. Se diría que meditan.

Detrás de ellos, de nuevo cerraduras y goznes hacen un ruido infernal. El guardián los estaba espiando por el portillo. Se toma la molestia de ponerse la gorra para salir a la calle a gritarles: ¡Eh, muchachos! ¡No se puede acampar aquí! Luego una suerte de paternalismo canalla le suaviza la voz. ¡Vamos, muchachos, pónganle una cruz al pasado y váyanse de acá! Tienen toda la vida por delante. ¡Espero que no nos volvamos a ver nunca más!

Entonces se levantan. Doblan por una avenida desierta. Doscientos metros más lejos se sientan en el cordón de la vereda, enfrente de un aserradero cuyas máquinas enmudecen porque ha comenzado la pausa del mediodía. Cuentan sus monedas; quince en total. Las dividen en tres partes iguales y las guardan en sus bolsillos.

Es, también, la historia de un pájaro. De un pájaro que, al final del otoño, no ha podido acompañar a su grupo hacia el sur porque se lastimó el ala en una pelea con los frondistas. Se ha refugiado en una buhardilla. De hecho, en la buhardilla de una casa que va a ser demolida, pero los picos no la han dañado aún. Por las ventanas rotas, a través del hollín y de las fisuras del tragaluz, ve la calle. En el barrio viven personas jubiladas, sobre todo ancianas. Ancianas vestidas de luto.

El pájaro se llama Ragojine. Sufre a causa de su situación precaria, a causa de la vida clandestina que lleva secretamente en esta casa fría, destartalada. Sufre también

a causa de los gritos brutales de la noche: un alboroto de vidrieras rotas, atentados, clamores llenos de odio. La soledad a menudo lo aplasta. En Chamrouche no conoce a nadie de quien fiarse, a ningún pájaro. Otros dolores han echado raíces en su cuerpo. Ha sido una lastimadura fea. Como no se ha curado, la herida supura y se infecta. Cuando parece que va a cicatrizar, vuelve a abrirse. No le queda ni una sola pluma del lado derecho. Sobre su piel necrosada se extienden unas manchas violáceas concéntricas. Esconde su discapacidad, sus fiebres, esconde su naturaleza de pájaro debajo de un sobretodo muy amplio con un piolín por cinturón.

Las viudas negras de la calle lo han visto y lo toleran. No lo denuncian, ni a la fuerza pública ni a las patrullas de salubridad del partido. Su compasión no pasa de ahí. De esta negación de su existencia. No se les ocurriría, por ejemplo, dejarle en el umbral un cuenco de leche, un mendrugo de pan. Ragojine tiene que salir a vagabundear lejos del barrio para alimentarse. Cuando va caminando por la vereda, los transeúntes se dan vuelta. Lo miran de arriba abajo con una mueca desdeñosa, húmeda. Las burbujas de saliva se mezclan con la voluntad de pelearse con él. Sin embargo, por no provocar a la gente, Ragojine evita cruzar sus miradas. Sus ojos barren el espacio que cubre de polvo la punta de sus zapatos. En sus grandes pupilas no se reflejan ni súplicas ni insultos. No expresan nada. Le sirven solamente para captar la imagen de las colillas, las basuras consumibles,

los obstáculos, ya sean humanos o no. Pretende precisamente evitar los incidentes, no suscitar la curiosidad del poder, de los ex combatientes, de las bandas. Tiene escasa experiencia en la capital; la padece como si fuera una larga pesadilla. Lleva encima un pasaporte falso, absurdo, puerilmente traficado, que por suerte nunca tuvo que mostrar en un control.

En Chamrouche, agazapado detrás de los vidrios rajados y de las telarañas, intenta ir a reunirse con su grupo por el camino de los sueños. Se imagina que, dormido, logrará restablecer el contacto. Hasta ahora sus vertiginosos adormecimientos no lo han conducido a ninguna parte.

Un pájaro, entonces, pero, en realidad, es la historia de dos pájaros. A fines de los años ochenta, Will MacGrodno formaba parte del grupo de Ragojine. Will MacGrodno perdió sus plumas justo antes de ser encarcelado por tráfico de armas y usurpación de identidad. Pero no por ello los guardias escatimaban las tareas que le imponían como medida disciplinaria. El calabozo lo volvió depresivo. Eso no le impidió seguir siendo fiel a sí mismo. A pesar de las rejas y de las humillaciones no dejó de pensar en los suyos. A veces, de noche, visitaba una colonia de pájaros que andaban por el paisaje azul, habitaban las grutas en las cimas, en el hueco de un acantilado azul, cerca de un volcán azul cuya humareda tapizaba los valles apacibles, las llanuras de brezos azules. Aquellos pájaros hablaban un dialecto

pedregoso y lo consideraban, con perceptible animosidad, un congénere de raza inferior. Will MacGrodnó se agitaba en su jergón. Se despertaba. El sudor le chorreaba por el torso cubierto de plumón. Del otro lado de las rejas resplandecía la luna. Los sueños sólo destilan su ayuda con cuentagotas.

En cualquier caso, este 27 de mayo, Ragojine erra por el sector de los depósitos, entre el mercado de abastos y el puerto. Es la una de la tarde y el bullicio matutino ha amainado. Los equipos de limpieza no han puesto todavía manos a la obra. Los comerciantes han desmontado sus puestos. Los pescadores almuerzan o dormitan en sus barquitos. Aquí y allá yacen frutas, pescados. Las gaviotas picotean más lejos, al sol. Ragojine se agacha, estira al suelo una mano descarnada. Agarra una sardina olvidada junto a un cajón vacío. Sobre el asfalto regado de luz fulguran las escamas y el contorno de las aletas parece rojizo.

Es también una historia de payasos. La historia de un payaso que trabaja en el circo Vanzetti y que ha desarrollado una fobia a todo lo que concierne a la muerte. No hay nada anormal en ello, pero le da vergüenza y hace lo posible porque nadie se dé cuenta. No quiere que nadie vea en su miedo la expresión de un carácter blando, pusilánime. En realidad, su vida es un extraordinario ejercicio de coraje. El combate contra el miedo estructura sus días. Es un hombre atado al circo y sin embargo, el mundo del circo es un mundo donde la muerte florece

permanentemente, ya sea en las mandíbulas imprevisibles de las fieras, sobre los alambres, donde los equilibristas desafían al abismo, en el redoble de la caja clara que tanto recuerda la música que acompaña el fusilamiento de un desertor delante de la tropa. La muerte se insinúa por todas partes, prospera; se la puede encontrar en la atmósfera de moho terroso de las carpas y hasta en los olores rancios de la carne podrida que llevan los leones de un lado a otro. Y fermenta, cómo no, con la risa tonta de los *clowns* cuando, para provocar la hilaridad del público, se ven obligados a martirizar a otros *clowns*.

Es, pues, la historia de un hombre que roe un miedo cotidiano, incurable, pero que lo domina siempre, porque con este miedo se gana la vida. En el centro de la pista, bajo la luz violenta de los proyectores, hace reír a chicos y grandes. Trastrabilla una y otra vez delante de su compadre que lo amenaza con una enorme hacha de cartón. Gira y gira, dando vueltas en círculo y dibuja unos ojos muy cómicos, hasta que, tropezando a cada paso, se cae en medio de los taburetes para tigres, cercado por bocas que gritan y barrigas que revientan de risa. Detrás de él muge y trota un verdugo con zapatones. Con sus mímicas la víctima expresa el pánico a la perfección.

Este *clown* se llama Baxir y su nombre artístico, el que aparece en los afiches del circo Vanzetti, es Kodek. Baxir Kodek, el payaso, el que solloza de espanto ante el hacha, ante las risas.

Y entonces estas diferentes historias no forman más que una. Baxir Kodek compartió durante mucho tiempo su caravana con otro saltimbanqui, soltero como él. Un amigo, un confidente, un hombre de circo, pero que era, Bouderbichvili, más o menos insensible al miedo. Y también un cómplice. En las noches sin luna, después del espectáculo, cuando Vanzetti, una vez terminada su ronda, apagaba el sol de noche que indicaba el comienzo del lugar asignado a las jaulas de las fieras, Bouderbichvili y el payaso salían a hurtadillas del perímetro mal iluminado de su campamento. Ambos huían a través de los terrenos baldíos y los basurales hasta llegar a los barrios dormidos, a las calles que abrazaban un silencio oscuro. Aprovechaban los faroles rotos. En los postes telegráficos, en las paradas de autobús, en las cabinas telefónicas, pegaban las etiquetas en las cuales habían resumido, en pocas palabras, sus juicios sobre el partido, sobre las patrullas de salubridad, sobre el frondismo en general y sus jefes en particular. Maquillaban lo que escribían en ellas, de tal modo que lo primero que veían las poquísimas personas que leían esos textos era un garabato de niños maleducados. Sólo una amiga muy querida de Baxir Kodek, la enana Sarvara Dradjia, descubrió el secreto de los dos hombres.

El número de Bouderbichvili consistía en levantar una pesa de hierro fundido o librar un combate de lucha libre con un espectador voluntario. El ejercicio presentaba aspectos delicados; el luchador debía dominar

sin hacerles daño a sus adversarios, quienes, presionados por el público o impulsados por viciosas tendencias instintivas, creían que todos los golpes estaban permitidos. Un día, uno de los colosos que aseguraban la protección de un pez gordo frondista, un frondista grandote y musculoso, subió a la lona haciéndose el fanfarrón. Bouderbichvili, cuando el tipo, en mala situación, intentó engancharlo por el bajo vientre, cometió la torpeza de aplastarle la nuca con su codo. Le paralizó para siempre la mitad derecha del cuerpo volviéndolo inapto para seguir con sus fanfarronadas. El accidente mereció la primera plana de un vespertino. Poco indulgente, el tribunal mandó a Bouderbichvili a la cárcel de Chamrouche por seis años. El circo Vanzetti también fue hallado culpable. Todavía hoy deposita cada mes en la caja de solidaridad del partido el importe de una pesada indemnización que merma su presupuesto.

Aram es el nombre del desafortunado luchador. Aram Bouderbichvili: el que humilla en público a los mejores secuaces del frondismo.

Es también la historia de un violonchelista. De un violonchelista y de una viola. Un hombre y una mujer; pero, en realidad, son cuatro. Cuatro adultos jóvenes. Ninguno de ellos ha alcanzado todavía la treintena. Cuando terminaron el Conservatorio formaron un cuarteto: el cuarteto Djylas. Un cuarteto que lleva una vida sin hogar, consagrada a la música, difícil. Se hallan en el umbral de una carrera prometedor, pero recién

empiezan y, sean cuales fueren sus cualidades, deberán esperar varios años antes de ser reconocidos por la crítica como valores seguros. Como ninguno de ellos está vinculado a los ambientes políticos que simpatizan con el poder o sus satélites, el camino del éxito será, para ellos, más largo. No obstante, ya cuentan con su público y no tocan ante salas vacías. Efectúan giras por las numerosas provincias del país, y viajan al extranjero inclusive, cuando la tensión internacional lo permite, cuando las capitales aliadas no están en guerra contra el Sur.

La viola, Tchaki Estherkhan, es una chica sin encantos físicos particulares y un cabello castaño que enmarca severamente su rostro. Su osamenta, más bien fuerte, la perjudica, porque recarga un poco sus caderas. Pero a fin de cuentas es una chica y los tres elementos masculinos del cuarteto están enamorados de ella. La cortejan y ella a veces otorga sus favores a uno o a otro sin que por ello se quiebre la armonía o la cohesión del grupo. Dejando de lado la promiscuidad de los viajes, que aviva la sangre y favorece el libertinaje, el origen de sus éxitos sentimentales hay que buscarlo en sus dotes de música. De su viola extrae sonidos maravillosos. El nivel técnico del cuarteto es bueno, pero Tchaki Estherkhan toca su instrumento con un aplomo sin igual, muy superior a la de sus compañeros. Un día el violonchelista la escuchará y se matará.

Al final de los conciertos, cuando los asistentes reclamaban un bis, los dos violinistas y el violonchelista se

apartaban y Tchaki Estherkhan avanzaba sola hacia el público. Ejecutaba las piezas que ella misma había adaptado, las transcripciones de Kaanto Djylyas, el compositor fetiche del cuarteto, las obras de Danylo Tagrakian, Sevasti Palataï, Naïssso Baldakchan: sus obras compuestas en el exilio, las más desgarradoras. Las respiraciones se suspendían. Tan cautivador era el virtuosismo de la intérprete que, súbitamente con lágrimas en los ojos, pocas personas entre los asistentes se podían imaginar que fuera un único instrumento el que vibraba delante de ellos, que fueran cuatro cuerdas solamente las que cantaban para ellos. Tchaki Estherkhan creaba en torno a ella una esfera sonora cuya riqueza armónica superaba los límites de la sensibilidad y de la memoria humanas. En aquellos momentos de suntuosa emoción las paredes se derrumbaban y el teatro flotaba, a la deriva.

El teatro zozobraba. Dimirtchi Makionian, el violonchelista, se apoyaba contra el respaldo de su incómoda silla y entrecerraba los párpados. La silueta de Tchaki pasaba a ser lo esencial de un paisaje estrellado, abstracto, que las candilejas deslumbrantes no enturbiaban. Tchaki Estherkhan vestía una falda negra muy sencilla y una blusa sobria. No abusaba del *vibrato*. No había nada superfluo en sus ademanes. Su actitud austera abolía la noción de espectáculo y ayudaba a penetrar en el milagroso corazón de la música. Dimirtchi Makionian trataba de convencerse de que la viola le hablaba a él y sólo a él, y que Tchaki Estherkhan encontraba la magia

de su inspiración en el recuerdo de las noches tiernas que habían pasado juntos. Los violinistas, por su parte, se mordían los labios para que el público no notara en ellos la menor exaltación o turbación. Pensaban que eran los destinatarios de esas cartas de amor, de esas llamas cromáticas, de las cadencias, plagales o no, de ese vuelo.

Pero ella, Tchaki Estherkhan, no rememoraba un solo instante a sus colegas y camaradas: los tres hombres que, detrás de ella, la admiraban religiosamente. No evocaba lo que, aparte de la música, los unía, una existencia amistosa de la cual extraían, con excesiva veneración, las voluptuosidades del cuarto de hotel, un fugaz placer de coche-cama. Arco en mano bogaba ella hasta universos remotos, menos cotidianos. Allá volvía a ver a un pájaro que había conocido antes de la creación del cuarteto, antes de los viajes, de los contratos, del nomadismo. Lo había conocido y admirado en la época en que ella estudiaba en el conservatorio. Al pájaro le habían puesto un curioso nombre: Kirghyl Karakassian. Después de un verano de pasión, desapareció. Tchaki Estherkan no volvió a tener la menor noticia de él. Pero no podía imaginarse que la hubiera dejado por otra. Como no sabía nada, se sentía impotente y secretamente temía una explicación más trágica. Kirghyl Karakassian hablaba a menudo de irse a guerrear contra el frondismo allá donde el combate no estaba, como acá, perdido de antemano. Quizás hubiera tenido la oportunidad de cruzar la

frontera que separa las intenciones de los actos. Quizás yaciera allá, en las trincheras, entre los fragmentos de las bombas, bajo el polvo.

Cuando estaban acostados, pegados uno contra el otro, apaciguado su ardor, o abrían los ojos antes del alba cayendo abrazados desde el sueño a la noche, él le describía el país donde había transcurrido su infancia, una landa obstaculizada por las montañas y los acantilados que caían a pico. En medio de las rocas abruptas se habían instalado las colonias de trogloditas. El basalto estaba trufado de galerías. Ciertos corredores acababan en la vertiente sur. Desde las grutas se veía un extraordinario paisaje de volcanes, de cráteres que tornasolaban el azul intenso. Cuando la viola, al ribetear de melancolía la nitidez de su timbre, parecía una durmiente sin mirada, volvía a ver sin dificultad a Kirghyl Karakassian. Recobraba la indecible dulzura de su plumaje, de nuevo lo sentía sobre su cuerpo, sobre sus labios, en su vientre. Un desfallecimiento le desdibujaba el hueco de sus manos. Apoyada en Kirghyl, luchaba contra el vértigo, intentaba asomarse al sitio donde comenzaba el abismo. Con él contemplaba las volutas azules de la lava azul, admiraba, a través de los tocones oscuros de las chimeneas, los lagos de turquesa ardiente. A la música sucedía entonces un silencio infinito. Con Kirghyl Karakassian ella iba en pos de los pájaros azules que planeaban sin ruido por encima de las praderas azules y de los vapores.

Pero además de los conmovedores solos de Tchaki Estherkhan, también está la historia de Bieno Amirbekian, uno de los mejores ladrones de caballos de este siglo. Bieno, el hermano de Matko Amirbekian, tiene veintinueve años. Su ciencia en materia de esta clase de robo le fue transmitida por excelentes educadores. Algunos de ellos tienen bigotes tan largos y poblados que pueden atárselos en la nuca. Cultivar y conservar tan monstruosos bigotes nada tiene de capricho folclórico. Con ello se demuestra que uno ha tenido una vida dura y laboriosa, exenta de errores; que no ha debido sufrir los malos tratos de los propietarios, los fastidios judiciales, la cárcel, las tijeras. Se trata de afirmar con orgullo, ante la comunidad de los iniciados, su *savoir faire*.

A diferencia de su hermano Matko, un ladrón mediocre a quien ya capturaron y afeitaron, Bieno nunca estuvo en la cárcel. Se entretiene agarrándose las puntas del bigote con la comisura de los labios, como si mordisqueara un freno. Su físico de pastor de las estepas irradia insolencia, alegría. Las campesinas, las esposas de los granjeros, están locas por él, lo que explica en parte su éxito profesional. Menos Matko, todos los miembros de la tribu Amirbekian, los tíos de Bieno, sus primas, sus hermanas, sus abuelas, sus antepasados, han sido notables especialistas en bigotes largos. Bieno Amirbekian sigue sus pasos, aunque pueda reprochársele su falta de carácter, su atracción ingenua, rústica por la gran ciudad, su frivolidad.

Bieno Amirbekian vino a pasear por la capital su silueta varonil. Vino a gastar a Chamrouche miles de monedas, la fortuna que le ha procurado la venta de una manada de soberbias potrancas que en una sola noche cambiaron ocho veces de valle galopando obedientes por los senderos de cabras, las cañadas, los desprendimientos. Acosado por una corte de juerguistas borrachos y prostitutas y bebiendo con ellos de la mañana a la noche, dilapidada toda su fortuna en pocas semanas. Un día, casualmente, divisa el siniestro edificio donde Matko, su hermano menor, está encerrado. Había olvidado los principios de ayuda mutua, de generosidad, que desde generaciones honran a los Amirbekian. Los remordimientos le atenazan la garganta. Se ha vuelto ahorrativo y mete la nariz en todas partes, deambula por Chamrouche con la intención de organizar la evasión de Matko. Pero no se le ocurre ninguna idea, y ahora, para colmo, no tiene plata; en los barrios elegantes como en los bajos fondos no es más que un campesino inculto. El hampa, tan diferente de las sanas tribus de ladrones, le desagrada. Un jefe de banda se burla de él, una chica le da la espalda. Vaga de barrio en barrio, el bigote peinado a la moda de la ciudad, vestido como un vendedor de lencería, alrededor del cuello un pañuelo de seda que tapa el rasguño blanco de una bala que recibió en los años ochenta una noche en que casi lo agarra una milicia de palafreneros.

Hacía cada vez más calor en la acera. Los tres, Matko Amirbekian, Will MacGrodno y Aram Bouderbichvili —el inepto raptor de sementales, el pájaro impenitente y

el luchador torpe—, los tres ex presos se habían repartido los quince centavos, pero no se habían separado. Permanecían sentados frente a la entrada del aserradero. Como estaba por acabar la pausa, los obreros salían del taller para fumar afuera. El aire olía a alquitrán y resina de pino, a tablonos nuevos. Matko se puso de pie, cruzó la calle y entabló conversación con los hombres de overol.

Me acuerdo de Matko Amirbekian como si fuera ayer. Veintitrés años, aspecto de adolescente burlón, un poco triste; pelo negro, ensortijado a pesar de los tijeretazos semanales; una piel del color del pan bien tostado, levemente macilenta a causa de los años transcurridos en prisión; los ojos de un verde liquen muy claro, el contorno del iris levemente oscurecido, como si en el interior de su mirada una hermana mayor, una bruja, hubiera trazado un círculo de kohl; una figura regular y, sobre la boca carnosa, un bigote naciente, la pilosidad de un ladrón deplorable, sorprendido, al final de su aprendizaje, con las manos en la masa, golpeado, detenido, humillado. Supongo que debía de tener más éxito dominando el corazón de las mujeres que a los caballos espantadizos; que debía de ser más fácil para él robarles sus besos que tranquilizar a los tarpanes, acariciar a las yeguas ariscas que relinchaban y coceaban alertando a los guardias adormecidos, mordiendo, despertando a los vecinos, piafando, resoplando.

Aquel 27 de mayo un sol resplandeciente iluminaba el cenit de la capital.

Matko volvió junto a sus compañeros y les alcanzó un cigarrillo a cada uno. Un cigarrillo para el ex preso Aram Bouderbichvili; un cigarrillo para el ex preso Will MacGrodnó. Él mismo fumaba. Se parapetaba detrás de la niebla que exhalaban sus pulmones. Sus pestañas entrelazadas formaban una segunda cortina de protección entre él y el paisaje humilde, excesivamente luminoso, de la calle. A un hombre que haya vivido años en una celda le cuesta volver a acostumbrarse a la claridad de la primavera, al espacio abierto. Los tres acusaban aún el shock de su inesperada liberación. En esa vereda, más que hace un rato quizás, se sentían aturridos, incapaces de sentirse eufóricos o sinceramente de buen humor. Aram y Will MacGrodnó, a su vez, disimulaban su desarraigo detrás de sus bocanadas de humo mudas y grises. Will MacGrodnó se aclaró la laringe y escupió. Del otro lado del portón, los carpinteros habían vuelto a poner en marcha el motor de la sierra circular y se apoyaban para hacer palanca en un carro cargado con tablonos amarillos. A medida que transcurrían los minutos, aquel barrio industrial cobraba vida. Cuando los tres apagaron sus colillas constataron que en Chamrouche todo estaba en su sitio y funcionaba y que ellos, con las nalgas posadas sobre el granito de la cuneta, hacían un alto relegados al margen de la vida normal, con pocas ideas concernientes a su futuro próximo.

¿Cómo volver a empezar? Emergiendo de su silencio, Will MacGrodnó sugirió que fueran en busca del

circo Vanzetti, donde había trabajado hasta el famoso y desafortunado estrangulamiento que puso un punto final provisorio a su carrera. El circo debía de andar traqueteando en alguna parte, en la región o en la provincia. Que se informaran acerca de las etapas de su gira, que le dieran alcance y fueran a hacerse contratar, Aram Bouderbichvili como luchador, Marko Amirbekian como amaestrador de caballos, por ejemplo, y él, Will MacGrodno, como equilibrista o payaso. La propuesta no suscitó eco alguno. Luego, Matko reflexionó en voz alta sobre el hecho de que Will MacGrodno podría reanudar los contactos con su célula o su grupo, con los migratorios que los ayudarían a llegar al extranjero. Allá, en las filas de los del Sur, combatirían a cara descubierta. Lucharían contra el frondismo con algo más que sus manos. Después intervino Aram. Aconsejó a Marko que mejor buscara a su hermano. A estas alturas, el experto en manadas desaparecidas poseía ciertamente una granja o un haras de yeguas y padrillos espléndidos. Bien podrían tomarlos a los tres como empleados.

Una conversación inconexa, fantasiosa, que no se apoyaba en nada razonable. Porque Aram no deseaba volver a extenuarse en la pista de un circo, exponer cada noche sus recursos, su lealtad de atleta, a los golpes perversos de los colosos surgidos de la multitud. Will MacGrodno, por su parte, ya no tenía las llaves para entrar en las filiales clandestinas. En cuanto a Matko, después de haber rumiado sombríamente, en la prisión

Central, la cuestión de su vocación, había perdido su alma campestre. El entusiasmo tardaba en manifestarse en él cuando le hablaban de caballos, fueran o no ariscos, o de vacas inclusive, de las que habría que ocuparse en medio del zafio aburrimiento de la estepa.

Entonces Matko les repitió la advertencia que le habían hecho los hombres de overol. Atención, la gangrena despliega sus fuerzas. Los madereros le habían descrito a grandes rasgos la situación política en Chamrouche tal como había evolucionado las últimas semanas. Encallada demasiado lejos, ni muy victoriosa ni muy sanguinolenta, la guerra ya no movilizaba a las masas. Por eso, los frondistas, en lugar de ponerse nerviosos al comprobar el descenso de su popularidad, habían adoptado una táctica nueva: dejaban el escenario gubernamental. De repente bajaron el tono de la vena chovinista que estigmatiza al enemigo roñoso de los continentes pobres. Había llegado la hora de reavivar la llama de los odios a domicilio. No menos roñoso, el enemigo interior se había multiplicado en los subsuelos de la fortaleza Chamrouche. Convenía empezar por casa y hacer otra limpieza radical.

A partir de ahora, los frondistas, uno tras otro, dejarían los puestos ministeriales que con anterioridad ellos mismos se habían atribuido. Antes de dimitir firmaban decretos tendientes a envenenar a sus sucesores, por ejemplo, la amnistía a mil presos comunes elegidos por sorteo. De hecho, uno se daba cuenta de que habían

mantenido a sus peones en todos los puntos sensibles de la maquinaria del Estado. Desde abril revitalizaban su furia tomando la calle, como en los viejos tiempos. Oficialmente entregaban el poder a los parlamentarios, a los cargos electos nacional demócratas, nacionalistas patriotas, demócratas patriotas, militares nacionalistas y sociales. “¿Y esos quiénes son?”, farfulló Aram Bouderbichvili. “Los mismos de antes, como te puedes imaginar”, rezongó Will MacGrodno. “Los mismos, sí, con otra etiqueta”, confirmó Matko. Había retomado su resumen de la situación. Mientras los cargos electos se pavoneaban, los frondistas controlaban los entresijos del espectáculo y en la calle canalizaban a su favor los desbordes populares.

“Hay días”, dijo Matko, “en los que improvisan unas fiestas horribles. Días en los que declaran abierta la caza al populacho. Lanzan expediciones contra los pájaros, contra los intelectuales, contra los desempleados y los vagabundos que tardan en presentarse a los centros de afiliados del partido para solicitar el carné”.

Al oír esto, Will MacGrodno se sublevó: “¡Que esperen sentados en sus centros! ¡No seré yo quien vaya a ir allá a encastrarme las patas!”.

La historia se complica porque se entromete un escritor, Iakub Khadjbakiro, y porque este escritor, cuando el mundo le desagrada, metamorfosea sobre el papel el tejido de la verdad. No se contenta con enunciar, en un tono de amargura despechada, lo que percibe

a su alrededor. No reproduce con exactitud la brutalidad elemental, esa tragedia animal a la que se reduce el destino de los hombres. Si así procediera, se le quitarían rápidamente las ganas de escribir; se cansaría; compondría sólo cuadritos anecdóticos; mejoraría mediocrementemente la mediocre realidad. No obtendría el menor placer de su arte y pronto dejaría de escribir. En cambio, de la vida real elige las briznas más tenues, sombreadas y armónicas, y con sus recuerdos las entremezcla, con las visiones que ha tenido durante el sueño, y que valora especialmente, con su pasado las entrelaza, con las impacencias, los errores, los desengaños con las creencias de su infancia. Según el humor en que se encuentre, reconstituye y remodela en su cabeza lo que ha visto.

En sus libros, Iakub Khadjbakiro tenía la costumbre de sustituir las fealdades de la actualidad por sus propias imágenes absurdas. Sus propias alucinaciones parciales, inquietantes e inquietas. La mayor parte del tiempo, aunque por supuesto no siempre, obedecía a reglas lógicas. Describía el mundo contemporáneo, con las palabras reflexionaba sobre su experiencia personal, escudriñaba a su generación, que se había disuelto en la apatía y las renunciaciones. A su juicio los sueños contenían claves indispensables para comprender el estado del mundo, para apreciar los datos de la época histórica, el nivel moral en el que la humanidad se estancaba desde hacía siglos. Por eso, en su análisis de las

cosas incluía vastas porciones oníricas del universo. A los retratos que hacía de hombres y mujeres incorporaba comportamientos sonambúlicos, modos nocturnos de pensamiento. Atribuía a sus personajes propósitos descabellados, cercanos a la locura. Iakub Khadjbakiro daba la impresión de trabajar con fantasmagorías abstractas, pero sus mundos paralelos, exóticos, coincidían de pronto con lo más recóndito del inconsciente del primer llegado. De pronto, por el subterráneo de los espejismos uno desembocaba en la plaza principal de la capital. Se encontraba, en realidad, en Chamrouche con su vida cotidiana enrevesada y trivial y con los cánones milenarios siempre activos en cada uno, con las barbaries milenarias y los milenarios retrocesos. Exótico es el término que se aplica a las partículas desconcertantes, aunque fundamentales, de la materia.

Leer una novela de Iakub Khadjbakiro venía a ser como viajar sin equipo de salvamento, peligrosamente, a través de las obsesiones y las vergüenzas de nuestra época, al corazón mismo de lo que reprimen y niegan las gentes que pasan. Al corazón de los malos sueños de Chamrouche. Pero Iakub Khadjbakiro vivía también su propia historia. Que podía definirse así: no soportaba redactar obras que no se adecuaban al gusto del público, llenas de enigmas que pocos lectores analizaban, textos para pájaros perdidos que no le garantizaban el menor éxito y le acarreaban la reprobación de los servicios frondistas. Le habría gustado forjar un libro

más eficaz, en el cual la poesía no se interpusiera entre él y su denuncia de la ideología dominante, una obra sin desfases, sin quimeras, sin ligaduras. Tenía pensado consagrar a ella todas sus fuerzas, sacrificar por ella la relativa paz de su existencia. Pero no conseguía compaginar, sin metáforas, su repugnancia, la náusea que sentía frente al presente y a los habitantes de este presente. Además, escribir según la moda, según los cánones en vigor, era para él lo mismo que una cobardía con la cual no deseaba ensuciar su conciencia. Una capitulación ante la falacia de la forma, los colores, la respiración, la inteligencia, la sensibilidad y el idioma de un sistema donde no había nada inocente e impoluto.

Con Iakub Khadjbakiro se aborda entonces la historia de un hombre que vive con la angustia de no ser límpido, un hombre obsesionado con lo real las veinticuatro horas del día, pero que se expresa de manera esotérica, sibilina, y que coloca a sus héroes en sociedades nebulosas y en épocas irreconocibles.

De su novela que vendrá, la más legible, aún no había empezado más que la última escena.

Iakub Khadjbakiro había amado a muchas mujeres en su vida, en particular a Dojna Magidjamalian, a Hakatia Badrinourbat y a Vassila Temirbekian. Como en el teatro, por puertas distintas, Dojna, luego Hakatia y Vassila, una después de otra, entraban al decorado desolado de esta última escena que él había imaginado durante largo tiempo en medio de la naturaleza, en el

linde de un bosque o en un claro, pero a la que acercaba cada vez más a él al situarla en Chamrouche, en alguna parte del centro de la capital. La conducta de estas tres mujeres era extraña y nada de ello era sensato desde el punto de vista novelesco. Iakub Khadjabakiro deseaba que cada una de ellas fuera a un extremo del cuadro. Pensaba entonces, con cierta solemnidad, asomarse a sus rostros, todos diferentes, aunque sombríos, muy bellos, los rostros de tres mujeres que han dejado atrás su juventud, transfiguradas por las adversidades que el frondismo les obligó a soportar. No temía demorarse en aquellos rasgos que luego serían los símbolos del mundo, a la vez impregnados de esperanza y lavados de toda esperanza. Entonces Dojna levantaría la cabeza y empezaría a cantar a media voz un canto prolongado y lento, de una tristeza sin límites, y Hakatia, hasta ese momento muda, se uniría a ella, en la tercera, y luego entraría Vassila. La melodía no tendría ningún carácter espectacular, salvo este: se prolongaría, como si no fuera a cesar nunca, en el centro de un espacio fijo y silencioso. Así era como Iakub Khadjabakiro anhelaba concluir la novela que no llegaba a escribir: en la prolongación de una nota suspendida que nadie querría interrumpir.

Es, también, la historia de dos frondistas que al parecer son absolutamente idénticos. En realidad, son tres, quinientos, mil, una legión, millones. Mucho más de dos. Su número se explica por factores económicos y sociales, pero hay que tener el valor de completar la

explicación diciendo que algo instintivo, inscrito sin duda en el patrimonio genético de la especie, lleva a las masas humanas a apoyar a quien promete desolación y matanza. Un impulso misterioso anima las mentes en forma colectiva y las desvía hacia lo peor. Basta con designar ante la opinión pública a un enemigo más allá de las fronteras para que esta, en una sola noche, se convenza de la necesidad de una guerra y forme un bloque en torno a nuestros soldados; para que, después de una sola jornada dedicada a orquestar la mentira, plebiscite los bombardeos y reclame la victoria a cualquier precio; ávidamente se abrevan las masas en la propaganda marcial. Cuando los tribunos designan, fronteras adentro, a los chivos expiatorios, la multitud mantiene la boca cerrada ante los crímenes, o se radicaliza aún más, se enamora locamente de los charlatanes groseros, espera ansiosamente la llegada de otra primavera del genocidio. El éxito de los frondistas se sustenta por igual en la personalidad de sus jefes. Tras un período de salvajismo puro y simple, estos jefes elaboran planes para mil años. Optan por tácticas sutiles, integran la noción de largo plazo y hasta de perennidad. Entre las figuras más notables de esta joven generación destaca un hombre, Balynt Zagoebel, cuya astucia, violencia y falta de escrúpulos enardecen a sus partidarios.

Los atentados que diezman a su familia le granjean la compasión de una gran mayoría y contribuyen a afianzar su determinación. Dos desconocidos matan con

una bomba al padre de Balynt Zagoebel, un industrial químico y de armamentos. Pese a que se desplazan en un automóvil blindado, la esposa y el hijo de Balynt Zagoebel caen en una emboscada y mueren picoteados por los pájaros. Zagoebel puede ser considerado como el engranaje más sólido, el más astuto, el menos propenso a la piedad, de toda la maquinaria totalitaria desde fines de los años sesenta. La idea de retirarse del poder viene de él. Nada amenaza al partido, todas las palancas de mando del Estado le obedecen, pero él pone las instituciones legales entre las manos de patriotas bufones y de socialomaronetas. Conserva para él la calle, la prensa, la policía, fervorosas simpatías en el estado mayor, entre los suboficiales en actividad y en la industria. En adelante ni una sola partícula podría quebrantar el acero del frondismo. No pueden imputársele los reveses de la guerra contra los países del sur ni los malos resultados comerciales y agrícolas. Ahora legislan y administran los fantoches fatuos del gobierno. Cabe destacar en estos personajes el traje con chaleco, los zapatos bien lustrados, y admirar la amplitud de vocabulario y la autoridad patricia, algo apocada es cierto, por un ceceo senil. Los subdirectores de los colegios no escatiman elogios sobre ellos. Sus intervenciones en la Cámara son retransmitidas por radio, y por eso quizás los micrófonos traducen una leve tendencia al trémolo patético. Algunos se hacen un jopo con sus tupés grises para gustarles a los que tienen entre dieciocho y treinta y dos años.

Pero, estamos hablando de Zagoebel. Balynt Zagoebel es un hombre de los años cuarenta, y lo será hasta la muerte. Mientras, seguirá llevando ropa pasada de moda: impermeables largos, guantes de cabritilla. No dejará de pulir su estilo de hombre en las sombras. Persistirá en sus hábitos elevándolos al nivel de una leyenda. Anotará sus órdenes y discursos en el mismo, eterno cuaderno espiral. Meterá las manos en los bolsillos de un sobretodo de cuero beige. Haga el tiempo que haga, dará la impresión de estar vestido para el otoño, para el viaje, para la noche. Reservará su sonrisa para sus propios chistes, que a veces, y a veces no, habrá preparado de antemano, pero que comportarán siempre un elemento odioso concebido para excitar a las masas. Perpetuará así, con los años, un tono, una manera de ser, una actitud frondistas, que no serán otra cosa que un chapeado artificial de los años cuarenta sobre el final del siglo y del planeta. La fisonomía de Balynt Zagoebel gustará a millones de personas hasta su muerte. Removerá en ellas recuerdos. Les recordará a su maestro y a la vez a su mecánico, a su jefe de fábrica, les recordará a un actor de cine, a una figura estelar de los años cincuenta, cuyo nombre y sus películas habrán olvidado: una cabeza común y corriente, familiar y al mismo tiempo ligada con todas las magias de las salas a oscuras.

Con una incontestable ciencia de la gloria, Balynt Zagoebel no se muestra en público a menudo. Solo en aquellas ocasiones que él presente pasarán a la historia.